

El maná: el pan que bajó del cielo

Éxodo 16, Juan 6 y el reposo del séptimo día · Todavía Existe Esperanza

Durante cuarenta años, el pueblo de Israel despertó cada mañana frente a un milagro: un pan que no sembraron, que no molieron, que caía del cielo. Ese pan se llamaba maná. Pero era mucho más que comida: era una sombra del Mesías que vendría. Y en él había un secreto ligado al séptimo día... un secreto que apunta directamente al cuerpo de Yeshua.

El pan del cielo

El pueblo había salido de Egipto y murmuraba por hambre en el desierto. Entonces Dios habló a Moisés: «He aquí yo os haré llover pan del cielo» (Éxodo 16:4). A la mañana siguiente, tras retirarse el rocío, sobre la faz del desierto apareció una cosa menuda y redonda, delicada como la escarcha. Los hijos de Israel se miraron unos a otros preguntando: ¿qué es esto? En hebreo, esa pregunta suena *man hu...* y de ahí nació el nombre: maná.

La Escritura describe su sabor como hojuelas con miel (Éxodo 16:31). Y había justicia en la medida: el que recogió mucho no tuvo de más, y el que recogió poco no tuvo de menos. El pan de Dios alcanzaba para todos, cada día, sin falta. Cada amanecer era una lección: Dios provee, y provee hoy.

El secreto del sexto día

Pero el maná tenía una regla: no debía guardarse para el día siguiente. Algunos desobedecieron y lo guardaron... y a la mañana siguiente había criado gusanos y hedía (Éxodo 16:20). El sexto día, en cambio, la orden era recoger el doble, porque

el séptimo día era el sábado, el reposo consagrado a Jehová, y ese día no caería maná del cielo (Éxodo 16:22-26).

Y aquí está el asombro: esa porción guardada para el sábado **no crió gusanos ni hedió** (Éxodo 16:24). El mismo pan que se corrompía cualquier otro día permanecía puro e incorrupto en el día del reposo. El maná honraba el séptimo día mucho antes de que entendiéramos por qué.

El maná era sombra de Yeshua

Siglos después, Yeshua mismo reveló el misterio. Dijo: «No os dio Moisés el pan del cielo; mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo» (Juan 6:32). Y declaró: «Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo» (Juan 6:51). Los padres comieron el maná en el desierto, y murieron; pero el que come de este pan vive para siempre.

El apóstol Pablo lo confirmó: todos comieron el mismo alimento espiritual, «y la roca que los seguía era Cristo» (1 Corintios 10:3-4). El maná nunca fue solo comida: era el retrato anticipado del cuerpo de Yeshua, entregado por nosotros.

Descansó el séptimo día, y no vio corrupción

Cuando Yeshua murió en la cruz era día de la preparación. José de Arimatea lo bajó, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro nuevo, antes de que rayara el sábado (Lucas 23:53-54). Su cuerpo descansó en el sepulcro durante todo el séptimo día, mientras las mujeres reposaban conforme al mandamiento (Lucas 23:56).

Y como el maná guardado para el sábado, su carne permaneció intacta: **no vio corrupción**. Mil años antes, el salmo lo había anunciado: «No permitirás que tu santo vea corrupción» (Salmo 16:10). Y Pedro, el día de Pentecostés, lo predicó con

certeza: su carne no vio corrupción, porque Dios lo levantó de los muertos (Hechos 2:31).

El maná escondido y el reposo que queda

La historia no termina en el desierto. Al que venciere, Yeshua le promete darle a comer del maná escondido (Apocalipsis 2:17). Y la carta a los Hebreos nos recuerda que todavía queda un reposo para el pueblo de Dios (Hebreos 4:9).

El pan del desierto nos enseña que Dios provee cada día, que su reposo es santo, y que el cuerpo de Yeshua —que descansó el sábado y no vio corrupción— es nuestra vida y nuestra esperanza eterna.